

Introducción

No tocaré casi nada de este texto mío de hace treinta y cinco años, aunque en torno a las dos singulares y extravagantes figuras de Giuseppe y Licy –Giuseppe Tomasi di Lampedusa y su esposa Alessandra Wolff, nacida Alexandra y llamada Licy en familia– se hayan escrito desde entonces una profusión de ensayos, de tesinas, novelas, anécdotas, cuentos y chismes de lo más variado, a medida que aparecían nuevos documentos, escritos y cartas de entre los escombros del palacio Lampedusa, así como de cada libro, cajón y escondrijo de las casas de los Lanza Tomasi y los Biancheri (los queridos tíos de Giuseppe): en suma, «un'iradiddio» [una barahúnda], que habría dicho el autor de *El Gatopardo*. Nuevo material, ciertamente, para los historiadores. Y, sobre todo, para Gioacchino Lanza Tomasi y Nicoletta Polo Lanza Tomasi, que en estos años se han ocupado, con un amor y una sabiduría enormes, de todo cuanto hoy constituye el *corpus* Lampedusa, poniéndolo a disposición de los estudiosos y de los numerosísimos lectores del escritor siciliano. Gioacchino y Nicoletta, va para vosotros mi infinita gratitud, como siempre, y en el recuerdo, a mis muy queridos Boris y Gippi.

Nada de todo este fervor, en cambio, se percibía a mediados de los años ochenta; es más, recuerdo perfectamente el educado asombro inicial de toda la familia al

interesarme por aquel montoncito de cartas conservadas en un cajón de la casa de via San Martino della Battaglia, la casa de la familia Biancheri, donde Giuseppe expiró y donde ahora puede verse una placa en la puerta de entrada que recuerda sus largas estancias romanas. Era el asombro propio de quien descubre que otros sienten interés por unas historias familiares que en el fondo se dan por descontadas. Unas historias más que sabidas por el estrecho grupo de miembros de la familia, por supuesto, «pero ¿a qué otros podrían interesar?». Y, en cambio, me habían encantado a mí que, gracias a mi amigo Boris Biancheri y a su hermano Giuseppe, conocido en la familia como Gippi, había recibido el encargo de poner orden en la correspondencia y las cartas de la madre, Lolette Biancheri, desaparecida hacía poco. Y Lolette era la hermana de Alessandra y, por consiguiente, cuñada muy querida de Giuseppe.

En el cajón donde se conservaban las cartas de familia, encontré un delicioso diario en francés de una Lolette adolescente a la que le había tocado asistir, ligera, frívola, ignorante y pagada de sí misma, al estallido de la Revolución de Octubre, en San Petersburgo, antes de huir con toda la familia a Finlandia. Al lado, atados con unas cintas de seda, había unos paquetes de cartas juveniles de quienes eran simplemente los tíos de los Biancheri: Giuseppe y Licy, precisamente. Recuerdo el pudor de aquellas lecturas mías, la sensación de descubrimiento de un mundo y de revelación del código más íntimo de una relación que ahora se me manifestaba con franca inmediatez.

El hallazgo de una correspondencia –esto es una observación banal– se parece al trabajo de un arqueólogo. Se trata, en el fondo, moviéndose con suma cautela, de sacar a la luz un hallazgo que se puede revelar interesante porque proviene de mundos y de formas de vida que hoy parecen casi arcaicos y, en cualquier caso, «ajenos»: ¿quién utilizaría hoy en día páginas y páginas de papel azulado y el lápiz para hacer una «puntuación sobre la situación como es debido» o para revelar su íntima incomodidad por un anuncio vital que había que confiar al servicio postal nacional? Hoy que hasta los sellos son difíciles de encontrar y los buzones han quedado totalmente obsoletos. Pero una cosa es enfrentarse, por ejemplo, a un epistolario por así decir convertido en historia, confiado a un archivo, y otra muy distinta abrir un cajón privado tal como entonces me tocó a mí. Por mi parte, entre mil reticencias, una fuerte sensación de reserva e infinitas incomodidades, nació un afecto que todavía perdura intacto. Una especie de alianza, un cariño de algún modo, una complicidad que posteriormente pensé que quizás tenía sus orígenes en una escena de mi infancia. Corría el año de 1959 y le oí decir a mi padre, que acababa de recibir una llamada telefónica, a mi madre: «Era Maria Bellonci, el Premio Strega de este año sólo puede ser para *El Gatopardo*. Parece que es una verdadera revelación, un libro magnífico de un autor muy desafortunado, muerto, por desgracia, hace dos años, cuando tenía poco más de sesenta años».

De ese episodio nació mi curiosidad por ese libro y ese autor desafortunado, que luego se volvió cómplice

y extensiva también a él, y muchos años después descubrí esa correspondencia a su *Dear and best, Murili darling, Mon ange chéri*, Licy, justamente.

Roma, agosto de 2022, 90 años después de Riga...
con un eterno agradecimiento a Dianora Citi
por su «ojo de lince»